

# Gone too soon

Ricardo Becerra Lozano

La multitud embestía contra las vallas de la primera fila, gritando a pleno pulmón el nombre de su ídolo, mientras el Estadio Olímpico de Munich temblaba ante su prueba definitiva. Las deslumbrantes luces del *stage*, monumental hasta lo grotesco, sólo se podían equiparar al lustre artístico del nombre que reinaba en los laterales del mismo: Michael Jackson.

Corría el año 1992. Era el comienzo de la Dangerous World Tour.

A las diez de la noche se acalló todo, al tiempo que una brutal explosión inundaba los ojos de los entregados espectadores. Su ídolo irrumpía en el escenario con el poderío, la fuerza y la seguridad de, al fin y al cabo, lo que era: una superestrella. Un artista, como dirían los anglosajones, *bigger than life*.

Más allá de la histeria no hubo tiempo para pensar. Al arranque de los primeros acordes rítmicos el cantante estalló en movimientos y el público, en éxtasis. Nadie se movía así. La fluidez, la precisión y la agresividad requeridas, todas ellas se fundían en un cuerpo cuyas terminaciones nerviosas parecían haber sido diseñadas por un loco del ritmo. Intratable, como si de su última actuación se tratara, Michael Jackson se movía por el escenario poseído por una fuerza sobrehumana. El personaje enclenque que habitualmente mostraban los medios de comunicación se transformaba en directo en un monstruo, capaz de llevar al delirio a quien se quisiera contagiar de su frenesí. Imparable, transmitía algo que no se podía explicar con palabras, algo que sólo se podía llegar a entender estando allí, en directo, viviéndolo y sintiéndolo.

Y nadie se olvidaría.

Habían pasado ya dos minutos de las doce de la noche del 25 de junio, cuando un amigo me llamó para darme “una mala noticia”. No lo creí. Uno de mis ídolos musicales, que tan buenos ratos me había hecho pasar, alguien que tan buenas sensaciones me había transmitido ¿muerto? ¿Justo antes de su esperado regreso? ¿Con cincuenta años? No lo podía aceptar. Pensé que era una maniobra publicitaria, otra de esas noticias engañosas que difundían sobre su estado de salud. Y me acosté.

Una hora después volví a oír el sonido de mi móvil, y entonces supe que era cierto. Ahora sí. Michael Jackson estaba muerto.

No tuve la suerte de admirar a Jackson en sus años de máximo apogeo, cuando yo tenía en torno a 5 años, y él a 28. Empecé a hacerlo cuando ya había iniciado su declive. Corrían las Navidades de 1995, y recuerdo que uno de sus videoclips, *Earth Song*, me dejó tan sobrecogido que pedí a mis padres el disco que incluía esa canción, denominado *HIStory*, en cassette.

Nunca me he arrepentido de seguir su

música. Su vida personal debía quedar por debajo de su carrera profesional.

Y más bien poco se puede añadir a estas alturas sobre la misma. Los ríos de tinta que se escribieron cuando vivía se han transformado en un océano estas semanas. Sería absurdo elucubrar más allá, e incluso cruel. Mejor recordar a Michael como ese fenómeno que bailaba desafiando la gravedad y afinaba hasta cantar a las estrellas, que como un enclenque y alopécico hombre lleno de cicatrices y deformidades. Lo que pasó, pasó. Y probablemente lo pagó de una forma abusiva.

Qué poco se habló de sus conciertos benéficos, de su trayectoria humanitaria, o de la ingente cantidad de dinero que donó a tal fin. Quizá ahora se empiece a hacer, pero quizá ahora sea demorado tarde.

Tampoco se mencionó demasiado que

muchos de sus colaboradores eran negros (ahí está Spike Lee, uno de los abanderados de la lucha por los derechos de la comunidad negra en Hollywood, dirigiendo su videoclip *They don't care about us*, ni de su asistencia a actos protagonizados en su totalidad por gente de color cuando ya tenía su tez blanqueada, como los NAACP Image Music Awards. Sí que se

hizo de su supuesto rechazo a esta comunidad a causa de sus ¡sí!, absurdas operaciones estéticas y su blanqueamiento cutáneo. Pero si quería tener otra apariencia, ¿a quién le importaba?

Lo cierto es que nunca se sintió a gusto consigo mismo, que siempre llevó un inquietante halo de inconformismo. Probablemente eso mismo lo llevó a crear obras maestras como *Billie Jean*, pero también lo condujeron a una implacable autodestrucción, tanto física como psicológica, que hicieron que en sus últimos años fuera una sombra de lo que fue, nulos a nivel profesional, y una vergüenza a nivel personal.

¿Los génios son así? Probablemente.

Me pregunto hasta qué punto nuestra vida nos escoge a nosotros. Me pregunto qué hubiera hecho Michael Jackson si hubiera podido elegir la suya. A nosotros nos legó su arte, su estilo y lideró una revolución en la música de masas, cuyo testigo está ahora a la espera de ser recogido. A cambio pudo tener todo lo materialmente posible, pero ¿lo quería realmente? Tuvo que pasarlo mal. Era extremadamente sensible, estuvo en el ojo público desde que levantaba un palmo del suelo y fue juzgado sin piedad por una sociedad que no lo entendía ni quería hacerlo.

Murió el artista y enterraron al hombre. Las lágrimas derramadas no nos lo devolverán, pero ayudarán a limpiar la conciencia colectiva. En su tumba, dondequiera que se encuentre, debería figurar, debajo del típico “Descanse en paz”, otro lema diciendo “Ojalá al fin la tenga”.

## MI COLUMNA

# Casos y Cosas

José Luis Albiñana

**EXTRAÑOS SILENCIOS.** A diario los ciudadanos preguntan y demandan sobre la construcción de la rotonda que debe ir en el centro de la carretera 310 a su paso por la calle del Campo (Paseo del Cementerio). El columnista informa, como puede, de los problemas que existen y que no son otros que el Ministerio, o la Junta de Comunidades, el departamento correspondiente, no atienden las reiteradas peticiones que desde nuestro Ayuntamiento vienen haciendo, casi desde *tiempo inmemorial*.

La culpa o negligencia no es del alcalde ni de los concejales, la culpa es de los que no conceden la autorización de cesión del tramo de carretera que arrancaría en la Avenida del Príncipe Alfonso hasta la Avenida de Juan Carlos I, a su paso por Tomelloso, y allí tienen proyectadas varias rotondas, entre ellas la más NECESARIA, la del Paseo del Cementerio. Pero aquí nadie dice nada. No contestan. Ignoramos los motivos de los políticos que están al mando...

Y resulta chocante que en otras poblaciones con MUCHÍSIMO menos tráfico y MUCHÍSIMO menos peligro autoricen rotondas a diestro y siniestra. ¡Aquí está ocurriendo algo extraño! Pídanle a Dios los responsables que no ocurra algún accidente mortal (ya ha habido accidentes de todas clases), pues los responsables serían, lógicamente, los que no conceden la necesaria autorización. ¡Qué cosas ocurren en esta España nuestra!

**SEÑALES DE TRÁFICO UN POCO “BEODAS”.** En la Plaza del Arcipreste hay colocadas en la zona central ajardinada que divide la plaza dos señales verticales, que algún gamberrete les ha quitado la verticalidad. Vamos, que están “ladeás”. Sólo es necesario volver a coger los mástiles con cemento y enderezarlas.

**A VUELTAS CON LAS MARQUESINAS.** Miren ustedes, la columna, el columnista a diario y en cualquier lugar, recibe “cabreadas” quejas de los ciudadanos demandando la instalación de unas marquesinas en las paradas del autobús que hace el servicio al Hospital. Es duro, no le den vueltas, que pobres tengan que aguantar CUARENTA GRADOS, CUARENTA, al sol y CINCO GRADOS BAJO CERO en invierno. Es inhumano por más vueltas que le demos.

Y lo que es extraño es que no hayan incluido en el Plan E (ese que nuestros tataranietos tendrán que pagar) la construcción de esas muy necesarias marquesinas. Les doy la idea de que hagan gestiones con alguna Cooperativa de esas que manejan tantos dineros o alguna firma importante, que alguna queda, y que les echen un cable para hacer frente a los gastos, a trueque de que instalen su propaganda.

**SE CIRCULA MAL POR LA CALLE GENERAL ESPARTERO.** Esta calle tiene el aparcamiento en una sola acera y a alguien se le ha ocurrido colocar un contenedor en la acera opuesta, produciendo un estrechamiento de calle. ¿Y qué ocurre? Pues que muchos automovilistas tienen que parar y ceder el paso, o llevarse por delante el contenedor. Con lo fácil que sería colocar el contenedor en la acera del aparcamiento de los automóviles.

En esta misma calle, en la esquina con la calle San Roque, tienen plantificado un poste que sostiene un espejo retrovisor, y han afinado tanto que lo han colocado en el mismísimo adoquín de la esquina, siendo un gran peligro. Con lo fácil que sería colocar el espejo sobre una palomilla cogida a la pared. ¡Ay, Señor, qué cosas ocurren! Hace falta un poco de “mollera” (entiéndase cabeza).

**LA PLACA DE LA CALLE DONANTES DE SANGRE HA DESAPARECIDO.** Hasta la Columna, como es normal y habitual, llegan quejas como ésta. Ha “desaparecido” la placa de la calle Donantes de Sangre.

Cavilando, hemos llegado a la conclusión de que la antigua casa donde estaba colocada fue demolida, lógicamente debieron retirar la placa en cuestión, y cuando han terminado la nueva construcción se les ha pasado volverla a colocar.

Quien deba hacerlo, que reclame la chapa para que vuelva a su lugar de origen, pues es una de las calles más importantes de Tomelloso por lo que representa: a los DONANTES DE SANGRE.